



En la Gran Fiesta Anual de Todos los Cuentos, se reúnen las historias clásicas del pasado y el presente: El Mago de Oz, Hansel y Gretel, Pinocho, el Gigante Egoísta, la Caperucita Roja y el resto de aquellos relatos que nos han acompañado desde siempre. De distintas partes vienen a este gran festejo pero... ¿quién es el nuevo intruso a quien nadie ha invitado a la celebración?

www.planetalector.cl

desde
6 años



El cuento del Pirata Comearañas y su viaje a la Pizza del Tesoro

LEO QUINTEROS

Ilustraciones de
Roberto Sifiga



 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil



El cuento del Pirata Comearañas y su viaje a la Pizza del Tesoro



El Gran Salón de Todos los Cuentos

Una gran fiesta reunió a todos los cuentos:
¡ninguno quiso faltar!

Como no quería perderse nada del cóctel, el primero en llegar fue el Gigante Egoísta, quien de inmediato se autoproclamó "Presidente de Todos los Cuentos".

Los cuentos de hadas aparecieron de repente, entre polvo de estrellas...

Luego llegaron los cuentos de aventuras, entrando por las ventanas y colgándose de las lámparas.

... los cuentos de misterio llegaron sin que nadie los viera.



Las fábulas llegaron tarde. Pero más vale tarde que nunca.

Y así, muchos otros tipos de cuento llenaron el Gran Salón.

Justo antes del discurso de Pedrito —que ya lo habían anunciado tres veces y aún no empezaba— apareció un cuento al que nadie conocía.

Solo.

No era ni grande ni chico, ni gordo ni flaco. Llevaba un sombrero, lentes oscuros y cargaba una gran mochila, casi de su porte.

Hansel y Gretel desconfiaron rápidamente y empezaron a preguntar si alguien conocía al extraño invitado.

—¡Yo lo conozco! —dijo Pinocho, pero al decirlo le creció la nariz, se puso a llorar astillas y salió corriendo avergonzado.

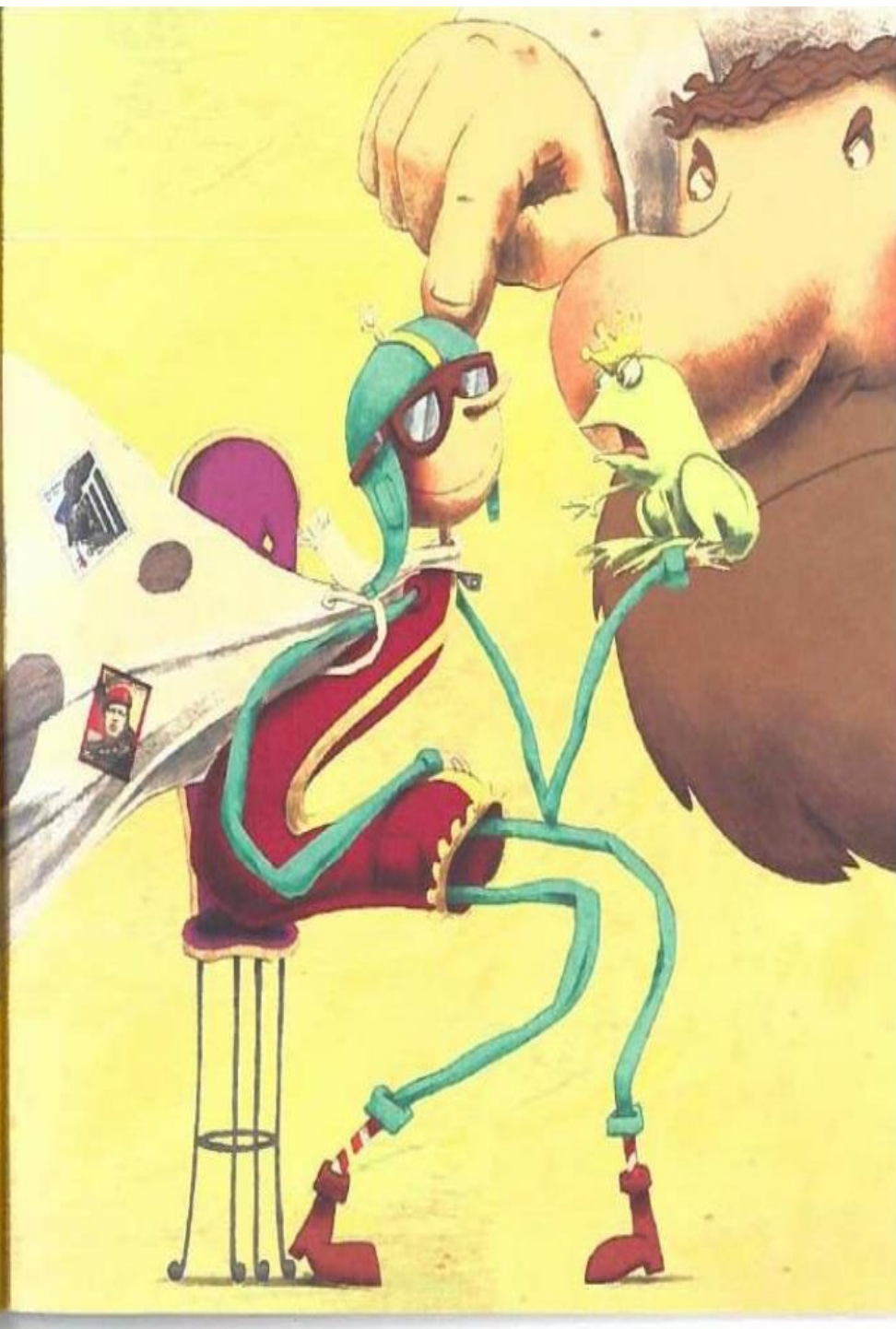
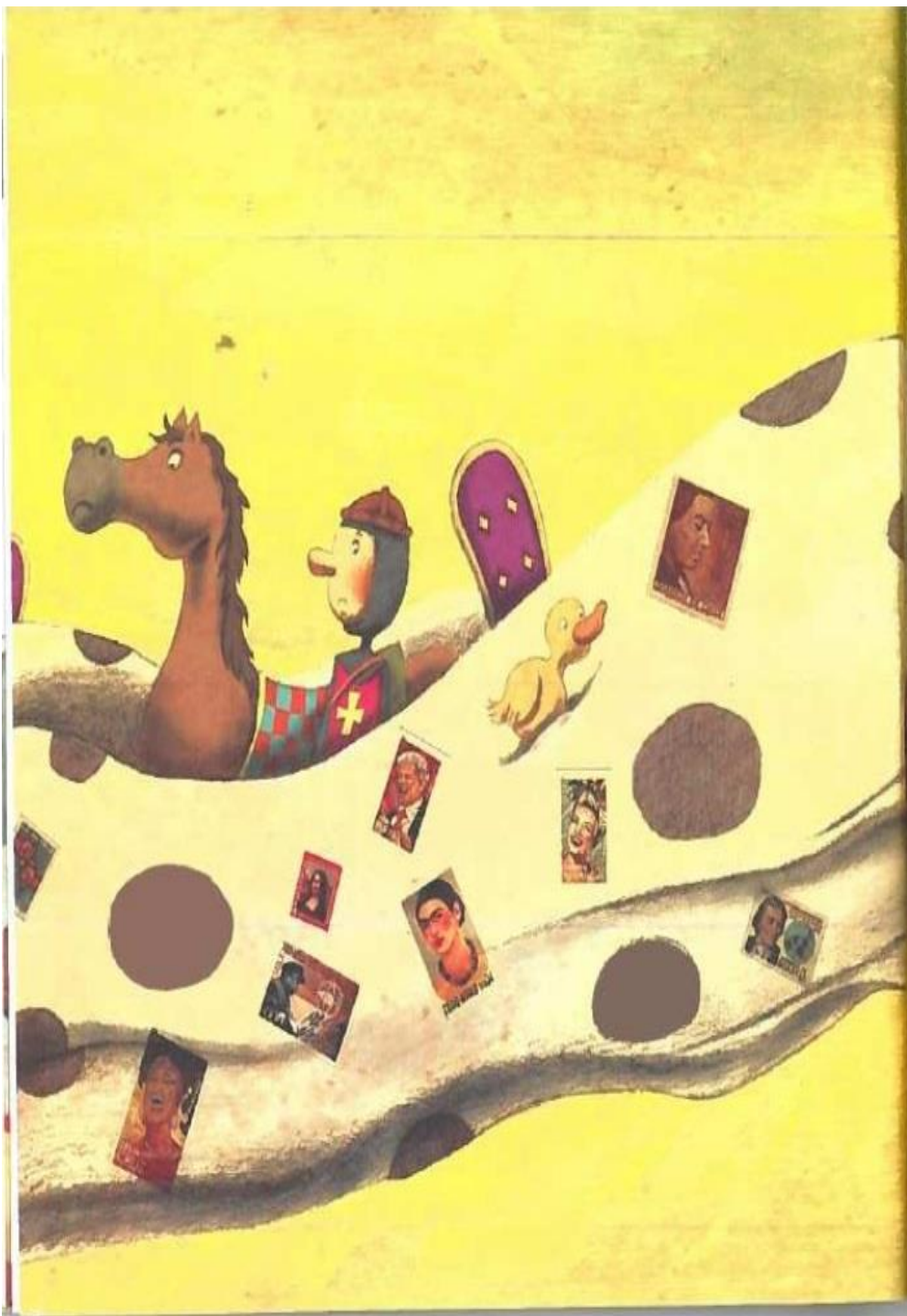
—Debe ser uno de esos cuentos modernos —murmuró una de las brujas y luego levantó la voz—, uno de esos personajes de videojuegos, ¡que se vaya, no pertenece aquí!

Las princesas se preguntaban si tendría novia.

—Creo que salía con Rapunzel —dijo bostezando la Bella Durmiente.

El cuento recién llegado caminó hacia el centro del Gran Salón y se sentó entre un caballero andante y un pato embrujado, pero como ninguno de ellos era muy conocido, no quisieron hacer preguntas.

Cuando ya no pudieron aguantar la curiosidad, un buen grupo de cuentos se acercó al extraño:



¿Quién eres?
¿Eres bueno o malo?
¿Príncipe o villano?
¿Mago o leñador?
¡No hay más cuentos como tú!

—¡No puedo responder a todas sus preguntas al mismo tiempo! —exclamó amablemente el extraño—, pero en general les puedo responder a casi todo “no”, y a lo demás “ni lo uno ni lo otro”.

—¿Cómo?! —volvieron a preguntar todos, mientras que al mismo instante el Príncipe Valiente se convertía en sapo.

—Debe ser un espía —dijo uno de los piratas—, quiere robar nuestras historias. ¡Llévenselo a caminar por el tablón!

—No estamos en el mar —le recordó una ardilla—. Quizás es el escritor, ¿eres el escritor de cuentos?

El desconocido se puso a reír.

—Por supuesto que no soy el escritor. Soy un cuento igual que ustedes, ¿por qué me tienen miedo?

—¿Miedo?! —saltó el sapo (ex Príncipe Valiente)—, yo ya no siento miedo; he peleado con dragones, fantasmas, lobos y toda clase de villanos. Y si tú eres un villano, tendré que retarte a duelo.

—¡Creo que nos debes a todos una explicación...! —exigió la ardilla, a la vez que los cuentos de misterio comenzaban a rodear al extraño invitado.

#

La verdadera identidad
del extraño invitado

— **C**álmense, por favor —pidió el extraño—. Solo vine a disfrutar de la fiesta, ya les dije que soy igual que ustedes, solo que un poco diferente porque estoy en una historia que cambia siempre.

—Pero es que entonces no eres un cuento —dijo otra bruja que observaba volando desde su escoba.

—Claro que lo soy —afirmó.

—No, no lo eres —insistió el Lobo Feroz.

—Sí, sí lo soy.

—No.

—Sí.

—No.

—¡Síiii! Lo que pasa es que, cada vez que me cuentan, soy un personaje distinto, voy a distintas partes, tengo distintos amigos, me pasan distintas cosas, me visto con distin...

—¡Eso es imposibleee! —interrumpió el Gigante Egoísta—. ¡¿Cómo vas a estar en un libro que cambia siempre?!

—Es que no estoy en un libro... —explicó:

Soy un cuento inventado.

—¡¿Pero cómo puedes estar en un cuento si nadie te ha escrito?! —preguntaron todos al mismo tiempo.

—Es verdad, no me han escrito, ¡pero me cuentan! Si no, no podría estar aquí.



—¿Pero cómo te van a contar si no estás escrito? ¡Aaagghh esto es un desastre, no se puede comprender! —dijo el Príncipe Valiente convertido en sapo (o sea, el sapo).

—Podría explicarles si me dejaran hablar... lo que pasa es que todos los cuentos, antes de estar en un libro, están en una cabeza.

—¿En una ca... qué? ¡Qué es eso! ¡¿Y de quién?! —preguntó el Espantapájaros sin entender.

—De quien sea el que cuente el cuento inventado, pajarón —le reprochó El Hombre de Lata.

—¡Exactamente! —asintió el extraño—, cualquiera puede contar un cuento inventado.

—¿Vieron? —dijo el pirata sacando su espada—; es un espía, ¡quiere terminar con los libros!

—Nooo, no es eso, miren, vengan, acompáñenme —dijo a todos y los condujo a pararse frente

al Espejo Encantado que estaba al fondo del Gran Salón.

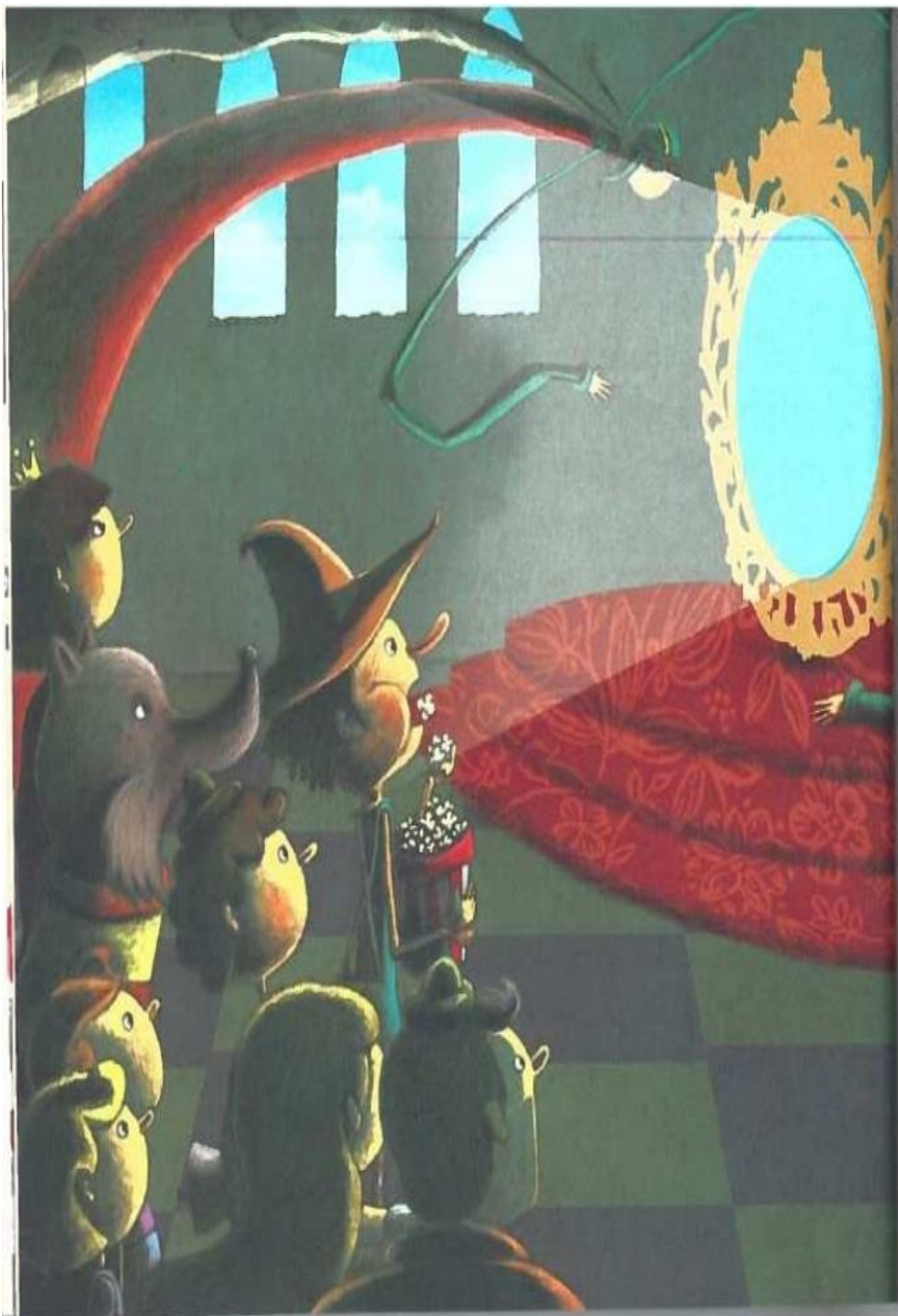
Todos guardaban silencio. ¿Qué pretendía el cuento inventado?

Entonces, se dirigió al espejo y le preguntó:

—Espejito, espejito, tú, que dices la verdad incluso en las peores circunstancias, dínos si es cierto que los cuentos, antes de estar en un libro, están en una cabeza.

El Espejo Encantado lentamente comenzó a iluminarse y el rostro de un señor muy serio apareció. Todos los invitados aguardaban la respuesta con gran atención (salvo el Espantapájaros, que creía que iban a ver una película).

—Eso es verdad —dijo el espejo—; algunas veces los adultos, en vez de leer un cuento, simplemente

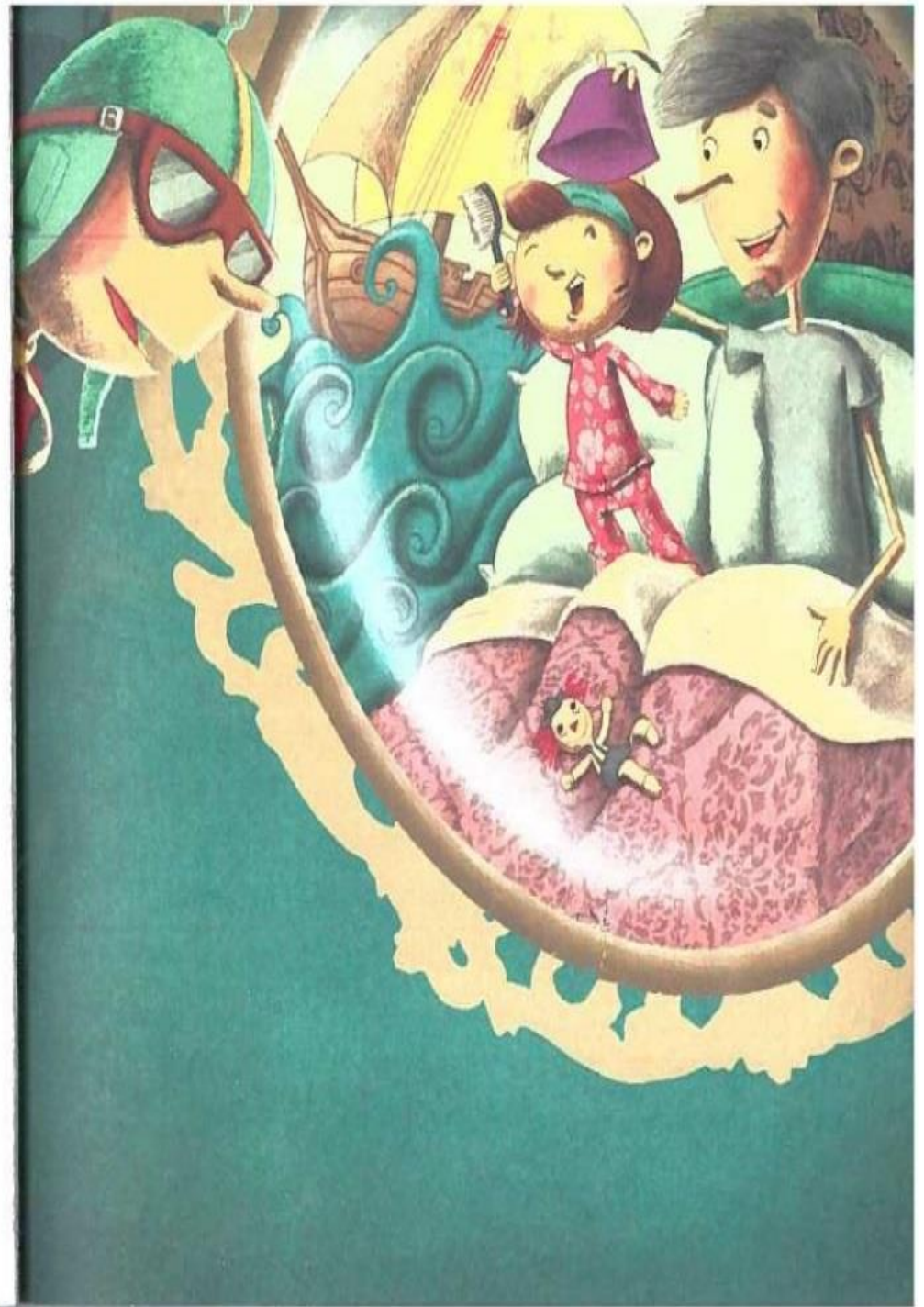


lo inventan, y entonces cualquier cosa puede pasar. Los cuentos inventados son siempre diferentes porque a todos se les ocurren cosas distintas.

En ese momento, tres princesas se desmayaron de la impresión, y el espejo hizo su magia: en él se reflejó la habitación de una niña que ya estaba por quedarse dormida...

III
El Pirata Comearañas
y su viaje a la Pizga del Tesoro

- **P**api, cuéntame una historia para dormir.
— Bueno, ¿cuál de tus cuentos quieres que te lea?
— preguntó el papá, señalando un estante.
— Esos ya me los sé de memoria, ¡quiero uno nuevo!
— Ah, entonces quieres un cuento inventado.
— ¡Sí! —dijo la niña—, quiero un cuento inventado...
Entonces el papá dijo:
— Había una vez... mmm... ¡una princesa!
Inmediatamente el cuento inventado abrió su mochila y sacó un vestido rosado, una peluca, unas



zapatillas imitación cristal y se disfrazó como una gran princesa. Todo en apenas unos segundos.

Pero, justo cuando estuvo listo, se escuchó a la niña decir:

—Nooo, no quiero de princesas, son muy fomes. Yo quiero uno de aventuras, ¡que sea de piratas!

—¿De piratas? —preguntó el papá—, ¿por qué no mejor de bailarinas?

—¡Nooooo! ¡Quiero de piratas!

Rápidamente el cuento inventado se sacó los lentes, puso un parche en su ojo, se vistió con una chaqueta negra de botones dorados, se pegó una barba falsa, se arrancó dos dientes con la mano y sacó un loro de la mochila. Todo en menos de lo que canta un gallo.

Los demás cuentos estaban sorprendidos, esa era la primera vez en que no sabían lo que iba a pasar.

Y entonces el papá comenzó la historia:

—El Pirata Comearañas era el terror de los mares del sur, y siempre viajaba junto a su fiel loro Pancho...

Presumiendo de su experiencia, el cuento inventado le explicó a los demás:

—Cada vez que cuentan historias de piratas hay un loro... me pregunto por qué a nadie se le ocurre un lobo, por ejemplo.

—¿Será porque los lobos tenemos ideas propias y no repetimos como loros? —replicó enojado el Lobo Feroz.

Y entonces la niña preguntó:

—¿A dónde va el Pirata Comearañas?

—A laaa... la... —titubeó el papá— ¡a la Pizca del Tesoro!



—¿A la Pizga? ¿Cómo a la Pizga?, es a la *Isla del Tesoro*, papá —dijo y se rió.

—¡Ah!, es que esta isla es una pizga gigante en el medio del mar, por eso le dicen así —le respondió medio en broma, y continuó—: El Pirata Comearañas iba en su barco cruzando el mar, cuando de repente sintió olor a comida...

Mientras tanto, en el Gran Salón, el nuevo cuento inventado del Pirata Comearañas sacó de su mochila un timón y se puso a hacer como que manejaba.

—¡No puedes manejar el barco así! ¡¡No sabes nada de piratas!! —le gritó un pirata—, nosotros tenemos pata de palo, barba de verdad y una tripulación, ¡tú no tienes una tripulación!

—¡Ustedes podrían ser mi tripulación! —dijo entusiasmado el extraño cuento, que ahora era "El

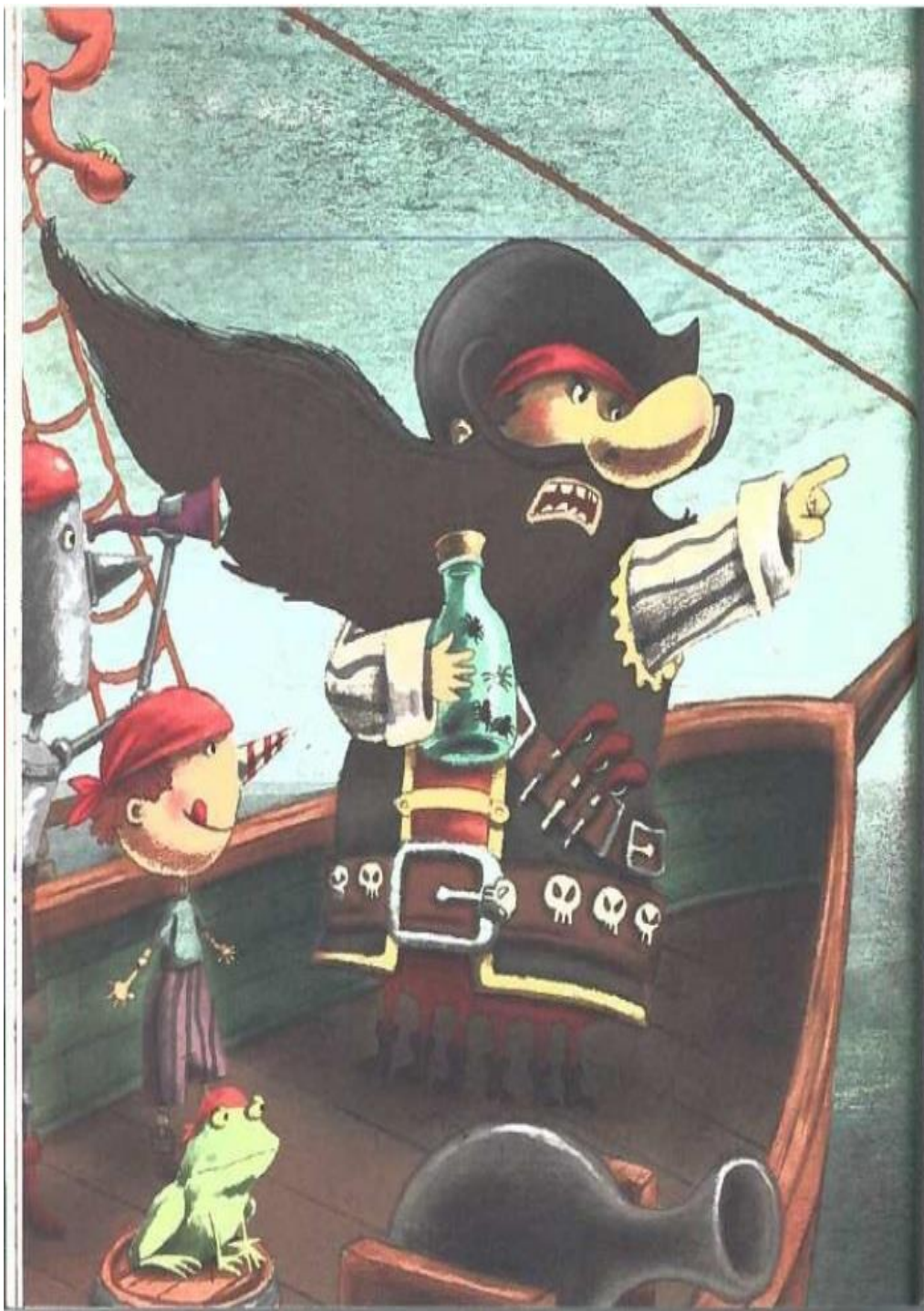
cuento del Pirata Comearañas y su viaje a la Pizga del Tesoro".

Caperucita, que no conocía el mar porque siempre estaba en el bosque, fue la primera en unirse al capitán.

—¡Yo quiero ser un marinero! —exclamó—, quiero conocer el mar.

Los piratas de otros cuentos también se sumaron a la aventura, y asimismo, poco a poco, todos los demás se hicieron parte de la tripulación (menos Pedrito, que recién había empezado a dar su discurso, aunque ya no quedaba nadie para escucharlo).

Entonces el Gran Salón se convirtió en un barco pirata, y todos los cuentos desplegados en cubierta viajaban comandados por el Pirata Comearañas.



—¡Siento un exquisito olor a comida! —exclamó Comearañas—; la Pizza del Tesoro no debe estar lejos.

De pronto, el Lobo Feroz gritó:

—¡Pizza a la vista! —y todos los cuentos comenzaron a preparar el desembarco. El Gigante Egoísta tomó el ancla con los dedos y la tiró al mar, mientras Comearañas ordenaba bajar los botes.

Al rato llegaron todos a la playa, donde caminaron sobre inmensas rodajas de tomate siguiendo el mapa que los conducía, sin sospecharlo, a los pantanos de queso.

Pero algo muy raro sucedió justo antes de llegar ahí...



De regreso al Gran Salón

De pronto, todo quedó a oscuras.

—La luz se fue, ¡no veo nadaaa! —exclamó el Gigante Egoísta.

—¡Qué pasa! ¿Qué clase de cuento es este? ¿Es de noche ya? —dijo la Bella Durmiente, preparándose para una siesta.

—Shhhh, calma —dijo el cuento inventado—, parece que el papá se está quedando dormido...

De repente todo volvió a iluminarse, pero solo por unos segundos.

El cuento inventado pensó en voz alta:

—Antes estaba pestañeando, probablemente ahora sí se durmió. ¡Este cuento ha terminado, amigos, volvamos todos al Gran Salón!

—¡BUUUH! —lamentaron los demás, pero volvieron contentos de haber sido piratas por un rato (salvo El Hombre de Lata, que alegaba por haberse oxidado un poco).

—¿Crees que la niña vuelva a pedir el cuento de Comearañas? —le preguntó Caperucita al cuento inventado.

—¡Sí! ¿Crees que podremos hacerlo de nuevo? —añadió la ardilla.

—Nunca se sabe con un cuento inventado, quizás el papá continúe la historia mañana, o puede que la niña lo pida, pero mientras alguien no la escriba, no se puede asegurar. En todo caso —agregó con un tono misterioso—, algo me dice que nos volveremos



a ver... —e inmediatamente se puso su mochila y se despidió de todos, saliendo por la puerta del Gran Salón.

Todos los cuentos quedaron en silencio, hasta que de repente Cenicienta se dio cuenta de la hora que era y exclamó:

—Es muy tarde, ¡van a ser las doce! Ya es hora de terminar la fiesta.

Entonces los cuentos se despidieron y comenzaron a partir, cada uno de vuelta a su propia historia.

Caperucita, el Lobo Feroz y el Leñador decidieron ir juntos a contarle todo sobre el cuento inventado a la Abuelita, que se había perdido la fiesta porque estaba con una tos que no la dejaba en paz.

—Me da pena que la Abuelita siempre tenga que estar enferma —se lamentó Caperucita mientras caminaban por el bosque.

—Podríamos llamar a un doctor de una vez por todas... —dijo el Lobo Feroz.

Y el Leñador agregó:

—Hay un tal Doctor Sabelotodo que vive en el cuento de al lado, quizás podría ayudarnos.

—Y si se mejora, podríamos planear un viaje a la playa, ¡todos juntos! —dijo entusiasmada Caperucita.

—¡Sí! —asintió el Leñador—, ¿cómo no se nos había ocurrido antes?

Al Lobo Feroz también le encantó la idea, pero como siempre había pensado que era demasiado peludo como para andar por ahí sin polera, dijo:

—O podríamos aprovechar de ir a un restaurant. No es por ofender —continuó mirando a Caperucita—, tú y la Abuelita tienen muy buen sabor, ¡pero siempre he querido probar la pizza napolitana!

Y con estas nuevas ideas en sus cabezas, los tres personajes siguieron su camino en silencio, sorprendidos por lo que acababan de descubrir: estaban por cambiar su propia historia.

